

terminar su frugal comida, reanudaron los dos amigos su interrumpida conversacion.

Como por ella van á saber nuestros lectores algo acerca de Isabel, de su madre y de Villejo; como van á enterarse al mismo tiempo de los planes que habian llevado á Sagredo á la Española, de los acuerdos que Diego Mendez y él tomaron para salvar al almirante, voy á reproducirla.

Capitulo LXXV.

Donde por carambola se sabe algo del pasado, y se adivina un poco el porvenir.

—Yo,—prosiguió Sagredo,—observé que Aguado era víctima de un profundo pesar. La fortuna le sonreia, y sin embargo, no era dichoso; una pena continua turbaba su sueño. A fuerza de indagar la causa de su tormento, pude saber que consistia en una pasion desgraciada.

—¡Una pasion aquel hombre, incapaz de abrigar en su pecho más que la vanidad y la codicia!

—La Providencia castiga de muchos modos. Una dueña habladora me contó que su amo se habia prendado de una mujer jóven, que habia querido seducirla; pero que la muchacha habia tomado tal ascendiente sobre él, que le ponía más sumiso que un esclavo con sólo su mirada.

—Un día,—añadió la dueña,—tuvieron los dos una escena muy fuerte: él quería rebelarse, poseer aquel tesoro de belleza, y al ver la imposibilidad de lograr sus fines, salió desesperado, cerró su casa con llave y se fué. Tuvo una entrevista con el obispo Fonseca, y al día siguiente llegó hasta la puerta de su casa una litera. Poco despues salió la jóven encubierta con un velo, subió á la silla de manos, y Aguado dijo á los que la conducian: «Al convento...»

—Extraña historia.

—Así me habló la vieja,—prosiguió Sagredo.—Yo procuré ganar la confianza de Aguado, y para conseguirlo le hablaba á menudo de la inconstancia de la mujer, de los sacrificios que imponia al hombre, de lo indigna que era, de los tormentos que hacia padecer. Me oia con gusto, pero no lograba que me abriera su corazon. Entonces procuré averiguar sus maquinaciones contra el almirante, y adquirí la certeza de que Ovando, el nuevo gobernador de la Española, le era completamente hostil, porque estaba vendido á Fonseca y sus secuaces.

—¿Lo pudisteis dudar al ver que lo nombraban para remplazar á Bobadilla?

—Al pronto sí: tenía fama de honrado, habia sido muy recto, y se explicó su nombramiento de una manera hasta favorable para Colon. Por otra parte, yo tenía motivos para no dudar de la consideracion de los reyes hácia el hombre que habia conquistado á su corona un Nuevo Mundo: le habian dado una escuadra, le habian revalidado sus cargos, le habian ofrecido

devolverle el mando de la Española; yo creí de buena fé que la mision de Ovando era pacificar la isla, castigar á Bobadilla, y restablecer el orden y el respeto á la ley.

—¡Falsa creencia!

—Mi posicion cerca de Aguado destruyó mis ilusiones. Pude saber que el plan de los enemigos del almirante era suscitarle complicaciones para que, desesperado al fin, sacumbiese. Ovando notició hace poco, por medio de una carta confidencial que un español llevó á Soria, y éste envió al obispo Fonseca, que tenía motivos fundados para creer que el almirante habia perecido con todos los tripulantes en el viaje de exploracion que habia empendido. Gloriábase de paso de ser la causa de su ruina, por no haberle querido dar embarcaciones que reemplazasen á las suyas, deterioradas por las tempestades, y añadia que en cuanto pudiese asegurarse de que sus creencias eran ciertas, lo avisaria secretamente.

—¿Y cómo pudisteis averiguar el contenido de esa carta?

—Por la persona á quien encargó Soria que la llevase desde Sevilla á Córdoba, en donde á la sazón se hallaba Fonseca. ¿Quién direis que era?

—No puedo adivinar.

—Una mujer.

—¿Una mujer?

—Sí, una mujer, á quien, como yo, conocisteis en estas tierras; pero disfrazada de paje.

—¿Estuvo aquí?

—Al servicio de Colon; era su paje predilecto.

—¿Y os reconoció?

—Sí; la casualidad quiso que nos encontrásemos, y como estaba persuadida de mi adhesión al almirante, después de dárseme á conocer, me confió que para servir á Colon habia logrado por el mismo medio que yo ganar la confianza de sus enemigos. Tan bien habia desempeñado su papel, que era la portadora de los documentos más secretos que mediaban entre Soria y el obispo.

Ya veis,—añadió Sagredo, después de una breve pausa,—que no estaba tan abandonado el gran hombre á quien veneramos.

—En efecto; pero seguid... ¿Qué hizo el obispo al recibir la carta de Ovando?

—Llamó á Aguado, y los dos convinieron en esparcir el rumor de que habia fundados motivos para creer que el almirante habia muerto.

—¿Y llegaron á su hijo?

—Sí; y tuve una entrevista con Diego. En ella convinimos en que yo hiciera lo posible por venir á la Española á adquirir noticias. Conseguí que me enviasen á Santo Domingo con pliegos para Ovando y la orden de partir inmediatamente á España; esto con el objeto de decir la verdad de lo que se supiera acerca de su padre, y me puse en camino. Pero ví en Sevilla á Isabel Monteagudo, al fingido paje; le comuniqué mis proyectos, y al contestar á una pregunta que me dirigió, le di algunos indicios que buscaba para descubrir el paradero de la niña que tan infamemente

habia sido separada de los brazos de su madre. Ella supo que servia á Aguado, y como le conocia mejor que yo, me preguntó si habia llegado á mi noticia el rapto de una jóven, hija de doña Inés. Contestéle afirmativamente:

» —¿No habeis sabido, —añadió,— si por la época en que desapareció esa jóven llevó á su casa Aguado alguna dama?

» Esta pregunta fué para mí un rayo de luz: recordé todo lo que me habia contado la dueña, computé fechas, recogí indicios, y se despertó en mí el presentimiento de que la jóven que Aguado habia llevado á un convento era la que una madre ciega habia buscado en vano. Partí á Cadiz para embarcarme, y allí se me presentó un jóven que iba á emprender el mismo viaje que yo, y que por venir muy recomendado á Ovando querian sus protectores, todos los enemigos del almirante, que yo fuese su compañero, su amigo y su guia.

—¿Es el jóven de quien me ha hablado el indio?

—Sí.

—Se llama Hernan Cortés, ¿no es cierto?

—Así se llama; y hasta creo que tiene algun parentesco, aunque lejano, con el gobernador de Santo Domingo.

—¿Y no sabeis qué objeto le trae aquí?

—El de todos: hacer fortuna.

—¿No traerá alguna mision secreta para Ovando?

—No lo creo.

—Es su pariente.

— Con todo.

— Le envían los enemigos del almirante.

— Pero saben de sobra que su padre no ha podido hacer carrera de él, que es de un genio indomable, de un carácter irascible, y que si le ha dado su vènia para pasar el charco, sólo lo ha hecho por librarse de él.

— ¿Tan endiablado es ese mozo?

— Es, en efecto, lo que dicen; pero posee un corazón generoso. No hace mucho, al llegar, vió que un colono de Xaragua maltrataba á un indio. El infeliz se quejaba.

» — ¿Por qué castigais á ese infeliz? — preguntó.

» — Porque he ofrecido para esclavo á uno de sus hijos á un amigo mio de la Isabela, le he dicho que le lleve, y se niega á obedecérme.

» — Hace bien, vive Cristo, — contestó el mozo, — y juro por mi nombre que si descargais un solo golpe más sobre él, tendreis que habéroslo conmigo.

» El colono era hombre de malas pulgas, le contestó, llamóle mozalvete, y si yo no me pongo de por medio, lo ensarta en su espada como dos y tres son cinco, á pesar de no contar Hernan más que diez y nueve años, y de ser su adversario uno de los mejores soldados que tuvo Roldan, el rebelde.

— Ganas me dan de conocerle... Pero no conviene.

— Por mi nombre que si no sucumbe á las calenturas que de cuando en cuando le acometen, ha de dar mucho que hablar en el mundo. Pero vamos á nuestro asunto.

— Teneis razon, hablemos.

Los dos comenzaron á comunicarse sus planes.

— ¿Me habeis asegurado que vive el almirante? — preguntó Sagredo.

— Vive; pero su vida es peor que la muerte.

— ¿Dónde se halla?

— En la costa de la Jamáica: allí anclamos los dos buques que nos quedaron como Dios nos dió á entender, y allí hemos aguardado en vano algun auxilio.

Mendez refirió á Sagredo todo lo que habia pasado en su primer viaje, el infame lazo que le habia tendido Ovando, su regreso á la costa de la Jamáica y los planes que habian acordado, y que á la sazón se hallaban realizando él y Fiesco.

— Dios sea loado, — exclamó Sagredo, — que me permite poder ser útil á Colon. ¿Decís que ese jóven genovés, á quien llamais Bartolomé Fiesco, ha ido á Santo Domingo?

— Allí debe encontrarse á estas fechas.

— ¿Y vos pensareis partir?

— En cuanto encuentre una ocasion.

— Ya la habeis encontrado.

— ¿Qué decís?

— Ved este documento, — añadió Sagredo, mostrándole un papel.

— Es una órden de los reyes mandando á todos sus capitanes que obedezcan ciegamente á la persona que la ponga á su vista.

Ya veis que no puede ser más expresiva.

— En efecto.

—Leed ahora, —añadió, mostrándole otro papel.

—Es una carta particular de Aguado para Ovando. La recomendacion no puede ser más eficaz.

—¡Cuántas lágrimas secretas me ha costado este triunfo!

—¿Y qué pensais hacer?

—Partir inmediatamente á Santo Domingo; dadme una contraseña para que se lleve Fiesco por completo de mí, yo le hablaré, y los dos, de acuerdo, acudiremos en socorro del almirante.

—¡Ah! Sí; eso es lo más urgente.

—Yo os ofrezco que no tardaré en hacerme digno de su perdon.

—Pero yo...

—Nos permaneceréis aquí, y en cuanto veais un buque con rumbo para España, acudid con una canoa; llamad al capitán, presentadle esta orden y os conducirá á España. Allí, sin pérdida de tiempo, entregad la carta que os ha dado el almirante para los reyes; buscad en Sevilla, en casa del contador general Soria, á Isabel Monteagudo, referidle nuestro encuentro, y vereis cómo todo sale á medida de nuestro deseo.

—Sí, sí.

—Yo voy inmediatamente á buscar á mi compañero de viaje.

—Partid, sí; no hay que perder un instante.

Iban á separarse, pero Sagredo, volviéndose de pronto:

—¿Teneis mucha confianza, —dijo á Mendez, —en el indio que me ha guiado hasta aquí?

—La más completa.

—¿Vos no podeis llevarle en vuestra compañía?

—Seguramente no.

—Si le decís que me sirva con la más absoluta lealtad, ¿os obedecerá?

—Ciegamente.

—Pues bien, le necesito.

—¡Azcala! —dijo Diego, llamando al indio.

—¿Qué mandais? —preguntó éste, acudiendo á su presencia.

—Tengo que exigirte un nuevo sacrificio.

—Mandad... mi vida es vuestra.

—Voy á partir... y tú vas á considerar á este hidalgo como si fuera yo.

—Si es para bien vuestro, tendrá un esclavo en mí.

—Es necesario que le obedezcas ciegamente.

—Azcala lo jura por la memoria de Ihalai.

—Basta... muy pronto nos veremos, y yo te cumpliré mi promesa.

—¿Cuándo hemos de partir? —dijo el indio á Sagredo.

—Ahora mismo.

Los dos amigos se despidieron.

Sagredo y Azcala volvieron á Xaragua.

Diego Mendez aguardó con impaciencia un buque que le condujera á España.

Pasaron cuatro dias sin que vieran en el mar un solo punto blanco que le indicase la deseada vela.

Al fin una mañana vió hácia Occidente una embarcacion que costeaba la isla.

Para acercarse á ella no necesitaba canoa.

Desde el buque podian oirle, y á sus voces dispuso el capitan que fuesen dos marineros en un bote á la orilla para ver lo que deseaba.

Mendez subió á él y fué conducido á bordo.

Allí presentó al capitan la órden que le habia dado Sagredo.

El capitan le admitió á bordo y despues de un felicísimo viaje, llegó á España.

Pronto volveremos á encontrarle.

Sigamos ahora á Fiesco, y veamos cómo llegó á su presencia el anciano Sagredo, que no tenia más que un deseo: salvar al almirante.

Capítulo LXXVI.

Donde Fiesco representaba su papel á las mil maravillas.

Bartolomé Fiesco, con las dos canoas y los indios que las tripulaban, llegó á Santo Domingo. Con el objeto de empezar á desempeñar bien el papel que se habia propuesto representar cerca de Ovando, y con el de que el almirante pudiera tener noticia de su feliz llegada á la capital de la colonia, mandó á los indios que se volviesen con las canoas á la costa de la Jamáica.

Al primer español que encontró le suplicó se sirviera guiarle al palacio del gobernador, anunciándole que traia urgentes despachos para él.

Su llegada despertó gran curiosidad.

Todos deseaban saber de dónde procedia, porque no tenian noticia de que hubiera llegado ningun buque; y como él se presentaba embarcado en canoas